

Entonces pareció que de aquel sér abyecto, verdadero cadáver con prestada existencia, brotaba súbitamente como fuego fátuo que salta sobre el estiércol, un chispazo de decoro, de energía, de dignidad. Fuése derecho á su rival, la mano armada, la voz rugiente, la mirada amenazante. Leon le esperó con calma. D. Pedro y el anciano sujetaron á Federico, impidiéndole todo movimiento. Forcejeando trabajosamente con él lograron llevarle fuera. Leon entre tanto permanecía en medio de la habitacion con los brazos cruzados.

—¡Fuera de aquí!— gritaba el anciano á su sobrino.

—Yo me encargo del otro,—decia don Pedro.

D. Justo Cimarra se llevó, casi arrastrado, á Federico y no permitiéndole detenerse ni un momento, le sacó del palacio.

Con tanta firmeza como dolor salio Leon por otra puerta. Acompañóle Fúcar hasta la sala japonesa, donde le dejó arrojado en un divan como cuerpo sin vida.

—Vete, vete de una vez y acaben estos afa-
nes,—dijo corriendo á donde habia quedado su hija.

XX

Final.

Largo rato estuvo allí Leon sin conciencia del tiempo que transcurría. Lentamente volvieron sus alteradas facultades, si no al reposo, á un estado en que les era posible la apreciacion exacta de las cosas. Se levantó para retirarse y pasó de una sala á otra buscando el camino del pórtico. Hallándose al fin cerca de él se detuvo, porque creyó oír cuchicheo de visitantes. Torciendo el camino bajó por una escalera que al paso encontró y que le condujo á la crugia baja. Por allí quiso buscar la salida al jardín. Despues de andar un rato por los largos y tortuosos pasillos de servicio, vió en el extremo de ellos una puerta; empujola.

Toda la sangre se le agolpó al corazon y sintió en su interior como el golpe de una

caida repentina al verse en la capilla, iluminada por centenares de hachas. Echó mano al sombrero, tendió la vista. Sobrecogido, incapaz de movimiento, con la vida toda en suspenso, permaneció un rato junto á la puerta, percibiendo en la vaguedad de su estupor un monton de luces, pues tal le parecia, un monton de llamas rojizas y afiladas que, alargando sus trémulas puntas hácia el techo, surgian de la cera derretida y llorando en chorros amarillos. En el centro y en la base de aquella pirámide de luces estaba como en el trono mismo del respeto un fúnebre objeto yacente. Ropas blancas, una manos de mármol, eran lo único que desde allí podia verse.

Llamó á sí todo su valor de hombre para acercarse. Antes de dar un paso miró en derredor. No habia nadie allí; no se sentia ni siquiera el rumor de la respiracion de un vivo junto á los frios despojos humanos engalanados con la vestidura del nuevo tránsito y custodiados por el silencio. La estatua de un adolescente pálido se alzaba en el altar: sus ojos, pintados sobre la madera, median de un extremo á otro la capilla, observando á todo el que entraba, y parecian decir:—¡Malvado, no la toques!

Leon avanzó despacio, apagando el ruido

de sus pasos para no sentirlo él mismo. El respeto, la santidad del lugar, la espantosa vacilacion que sentia entre la idea de retroceder y la de acercarse, le hicieron pasar por distintos estados morales, ya de anhelo ó de curiosidad, ya de miedo ó supersticion, durante aquel viaje de veinte pasos desde la puerta al centro de la capilla. Podria asegurarse que el temor le detenia y la desgarradora curiosidad del temor mismo le empujaba.

Por fin la vió. Allí estaba, delante y bajo sus ojos, sobre el suelo, al nivel de las pisadas humanas, esperando, por decirlo así, en los umbrales del imperic del polvo, á que le señalaran sitio para el descanso absoluto de lo inorgánico. Su espíritu, más bien egoista que generoso, habia entrado ya quizás con gemido de sorpresa y temor en la region ignota del saber de amores y de la apreciacion relativamente exacta del bien y del mal.

Una vez contemplada en el primer golpe de sorpresa y temor, la miró más, oyendo el palpitar de su propias sienes y la trepidacion de su sangre cual mugido de un mar cercano.

Blanco hábito la cubria, puesto por las amigas de devociones con severa elegancia. Sus anchos pliegues corrian en líneas rectas del cuello á las plantas, sólo interrumpidos por las manos de mármol que empuñaban un

crucifijo. Finísimo velo blanco le cubría el rostro, sin ocultarlo ni dejarlo ver claramente, presentándolo vagoroso, esfuminado, lejano, entre nieblas, como la imagen mal soñada que persiste en la retina de los mal despiertos ojos. Él hubiera querido verla mejor para apreciar lo que restaba de una hermosura sin igual que, absorbido por la muerte, se había ido cambiando en no sé qué flor mística y azulada. En todo rostro, por ciego y muerto que esté, hay siempre algo de mirada. Leon se sintió contemplado desde el fondo de aquella cavidad fúnebre, ahondada por las vaguedades de la gasa, y reconoció la mirada última, ya menos amorosa que irónica.

Por su pensamiento pasaron las ideas más graves que asaltan al hombre en los momentos culminantes de la vida y consideró la distancia á que estamos del verdadero bien, distancia que no acierta á medir la idea y que no se sabe cómo ha de recorrerse. Cortó sus pensamientos un ruido importuno y vulgar, una tos... Miró... La muerta y él no estaban solos... Allá en el fondo de la capilla alguien velaba. Era el clérigo pequeño sentado en un banco, con los ojos fijos en el libro de rezo. Leon no pudo menos de admirar la fidelidad del amigo espiritual, que habiendo sido dueño de la vida, quería ser custodio de la muer-

te. Sin mover la cabeza, el italiano alzó los ojos y miró á Leon un rato, fijamente, muy fijamente... Despues los bajó para seguir leyendo. En aquella blanda caída de la mirada sobre el libro había el desden más soberano que puede imaginarse. Paoletti, como si nadie estuviera allí, siguió leyendo: *ego sum vermis et non homo, opprobium hominum et abjectio plebis.*

¿Por qué al salir, no con menos respeto que al entrar, sintió Leon en su alma cierta consoladora tendencia á la serenidad? Había visto cara á cara lo más pavoroso del mundo físico y del mundo moral, y los combates que estas terribles perspectivas habían provocado en su espíritu dejaronle rodeado de grandes y tristísimas ruinas. *Impavidum ferient ruinae*, que dijo el pagano! ¿Pero qué le importaba estar vencido, solo, proscrito y mal juzgado, si resplandecía en él la hermosa luz que arroja la conciencia cuando está segura de haber obrado bien?

Al entrar en su casa vacía, halló á su criado ocupado en hacer las maletas, conforme le había mandado aquella tarde. Alegróse mucho éste al verle entrar, y como Leon le preguntase la razón de tan grande alegría, el fiel criado le respondió:

—En casa de la señora marquesa y en todas las casas donde le conocen á usted, decían que usted se pegaría un tiro esta noche. Lo daban por tan seguro que me eché á llorar.

Leon sonrió con tristeza.

—Y al entrar en casa para hacer las maletas, lo primero que hice fué esconder las pistolas por si no pudiendo usted matarse en otra parte se le antojaba matarse aquí.

—¿Dónde las has puesto? ¿Están cargadas? —dijo Leon prontamente.

—¡Oh! el señor se atreverá...! —exclamó el criado lleno de pavor.

—Tranquilízate, amigo, —dijo el amo señalándose la frente; —esto no se ha hecho para el suicidio... En cuanto á las pistolas, si están cargadas, puedes arrojarlas á la calle para que las aproveche el primer tonto que pase.

—¡Tírarlas!... son tan bonitas...

—O quédate con ellas. Guárdalas para cuando te cases...

—El señor olvida que soy casado.

—Pues para cuando enviudes.

XXI

Del marqués de Fúcar al marqués de Onésimo.

“Madrid 1.º de Diciembre.

Antes de salir de Lóndres para Hamburgo á comprarme las veinte toneladas de tabaco, véndame usted todo lo de Rio-Tinto y el Consolidado Exterior. Comprar á escape *Gas de Paris* y Moviliario Español. El empréstito, tercero que hace este año nuestro Tesoro, va á maravilla. Necesito fondos en esa plaza para proponer al Gobierno el pago de parte del cupon exterior á los tenedores ingleses, con lo cual la operacion se redondea aquí de un modo completo. Es incalculable el beneficio de este anticipo. En lo demás, confirmo la mia de 23 de Noviembre. No olvide usted mis

instrucciones para sacar partido de los almacénistas de tabaco en Hamburgo. Nada de timidez. Como el negocio es bueno, no le importe á usted llegar á precios exagerados.

Mi hija sigue bien. Muy triste, muy sola, con mediana salud, pero resignada y tranquila. No sale de Suertebella. Mona, cada día más mona, le envía á usted tres besos.

El malvado ha cumplido su compromiso y no nos molesta para nada. Se ha metido en Bolsa, y me han dicho que, acometiendo con serenidad y tino las jugadas, está haciendo una fortuna loca. La verdad es que disposiciones no le faltan.

Le espera á usted para comer el pavo de Navidad en Suertebella su afectísimo

P. Fúcar.

P. D.—Si vuelve usted á ver á ese extravagante, déle recuerdos míos, pero nada más que míos.

FIN DE LA NOVELA

Madrid.—Diciembre de 1878.

INDICE

	PÁGS.
I.—Vuelve en sí.	1
II.—¿Se morirá?	10
III.—Leon Roch hace una visita que le parece mentira.	28
IV.—Despedida.	42
V.—Á almorzar.	49
VI.—El clérigo miente y el gallo canta.	61
VII.—Fuegos parabólicos.	72
VIII.—Sorbetes, jamon, cigarros, pajarete.	84
IX.—También yo despeino.	91
X.— <i>Latet anguis.</i>	102
XI.—Excesos del apostolado.	113
XII.—La verdad.	130
XIII.—La batalla.	140
XIV.— <i>Vulnerant omnes, ultima necat.</i>	167
XV.—La sala <i>Incredible.</i>	178
XVI.—Los imposibles.	194
XVII.—Visitas de duelo.	215
XVIII.—El cónyuge inocente.	223
XIX.—Tres por dos.	242
XX.—Final	259
XXI.—Del marqués de Fúcar al marqués de	265

